

RECUERDOS INCIERTOS DE UN VIAJE FICTICIO

Escribir algo sobre un viaje que nunca se hizo, no es fácil. Y construir un relato coherente a partir de unos recuerdos inciertos, no lo es menos. Y el hacerlo ahora tampoco tiene fácil explicación. Sí es cierto que siempre he tenido la intención de hacerlo, pero nunca he puesto fecha al cómo y cuándo, aunque, como digo, sí estaba en mi voluntad el hacerlo. Ésta, la voluntad, débil por naturaleza (siempre sucumbe ante la pereza congénita en mí), sentencia: “ya lo harás mañana”. Pero a veces el destino (o lo que quiera que sea) fuerza voluntades y anima a dejar la pereza imponiendo una frenética actividad que por ser antinatural no durará mucho.

El tardío revelado de unas fotografías, me obliga a retomar un álbum para incorporarlas a la colección. Repasando sus hojas, las instantáneas que voy viendo en ellas me resultan desconocidas. ¡Alarma! Aquellas fotografías ya no me transmiten ninguna sensación, y anuncian que ya no recuerdo nada de lo que allí se refleja. Parece urgente que sujete, en otro soporte, todo lo que ahora pueda recordar de lo impreso en aquellas fotos. Pero no sé si será buena idea colocar, sobre unos folios, unos recuerdos que por fuerza tienen que ser confusos, y sensaciones de aquellos momentos que pueda rescatar del archivo de mi memoria. (Ardua tarea) Pero creo que no me queda otra que ponerme a la faena.



Aquí estoy, sentado ante el teclado del ordenador, dispuesto a forzar mi pereza en aras de hilvanar, con unos recuerdos emplazados, en un gran esfuerzo, (a lo peor resulta improductivo) una historia que pueda resultar creíble e interesante. Sé que tengo que escribir la historia, mejor crónica, (no sé si historia es el termino más correcto) de un viaje soñado, de los motivos que me impulsan a hacerlo, así como de lo verosímil de lo que cuento, pues tengo serias dudas sobre ese viaje soñado durante mi

duermevela en la hamaca en una tibia noche veraniega. Por ello, todo lo aquí expuesto puede resultar distorsionado, y puedo deslizar intimidades que, luego, al releerlas, resulten incómodas para mí. Las circunstancias que me asisten como relator son diferentes, ya que creo que he evolucionado en un sentido ajeno a mis anteriores sentimientos. Por tanto, mi percepción será distinta a la de un yo soñador. Aunque quiero decir que no está en mi ánimo molestar con engaños y argucias.

Todo este engorroso preámbulo, no es más que un retardo en iniciar el trabajo. Comienzo a pulsar las primeras teclas, y lo que sale de ellas no tiene sentido. No veo la forma de comenzar. Puede que esta idea, sin yo saberlo, esté bullendo en mi interior desde hace bastante tiempo, y ahora que me pongo a ello se me presenta como un imposible, y también como una necesidad sin posibilidad de retrasarlo, y yo, como un botarate inconsciente, me pongo a ello sin saber a ciencia cierta qué es lo que he de contar.

Repaso algunos libros buscando de qué manera comienzan los relatos, y llego a la conclusión de que siempre hay que empezar por el principio. ¿Pero cuál es el principio? Esta pregunta me la hago a mí mismo: ¿Por dónde empiezo? ¿Por qué soñé este viaje?

Yo no soy de mucho viajar. Eso de subir a un autobús, o tomar un tren (del avión hay que olvidarse), no es algo que me entusiasme; a mí me gusta viajar tumbado en la hamaca en la terraza de mi casa. Esos viajes oníricos los hago en el transporte que yo elijo, sin peligro de chocar o descarrilar, y con un destino desconocido dejándolo todo a mi capacidad de inventar lugares y circunstancias. No necesito guías que me expliquen por dónde ando ni lo que estoy viendo, por eso cuando un grupo de amigos me propuso hacer un viaje para recorrer lugares lejanos, “llenos de historia y arte”, no me entusiasmó y denegué la invitación. A cambio, durante una de mis siestas, hice un viaje que luego antepuse a sus relatos, ganando yo siempre en la partida. Si no me creen, ustedes mismos podrán decidir si tengo o no razón al preferir los viajes soñados.

Es de madrugada, (en Agosto las cinco son madrugada), y me acomodo en mi asiento del autobús. Antes de arrancar, miro por la ventanilla mimando una despedida dirigida hacia nadie, pues a esas horas la plaza está desierta. En el interior del coche hay el natural bullicio de quienes creen que van a comenzar una aventura interesante. También yo siento cierta curiosidad por lo que pueda suceder, pero la despedida me resulta penosa y estoy a punto de bajarme del autobús. ¡Se está tan cómodo y tan bien en la casa de uno!

.- ¡Nos vamos!

El autobús recorre varias calles desiertas antes de llegar a la autovía. Tomamos una de las muchas carreteras que rodean la ciudad como

cinturones de castidad que quisieran protegerla de una expansión urbanística salvaje. (¡Vano intento!) Las grúas por doquier indican los lugares donde las máquinas están devorando la huerta. (¿De dónde traerán ahora las lechugas?) En estos pensamientos inquietos llegamos a la autopista. Dirección: Norte. Ahora el circular por la autopista se hace relajante, carente de la tensión de tantos cruces y rotondas donde mientras unos entran otros salen, y en un despiste te vas a un destino desconocido, pues todas parecen iguales, y son una buena prueba para comprobar los reflejos de cualquier conductor.

Este aburrido rodar me da modorra y me duermo. Antes de entrar en el limbo tengo dudas de si he cogido la cámara fotográfica. (Antes era la máquina de hacer fotos) Yo no soy aficionado a hacer fotografías. Prefiero aislarme, esperar que las cosas vengan a mí y que se marchen sin retenerlas en un papel que con el tiempo se vuelve amarillento y rugoso; para eso ya se pinta bien mi mala memoria. Luego hago repaso a las impresiones que me han quedado de los lugares que he visitado. A veces no consigo retener ninguna imagen. Prefiero la mente en blanco a una instantánea engañosa. A propósito de fotografías: recuerdo una ocasión en que un amigo y yo, en la edad en que comenzamos a rondar a las chicas, decidimos hacernos una foto para regalar a nuestra enamorada que sin duda íbamos a encontrar pronto. Él una y yo otra. Nos pusimos nuestras mejores galas y fuimos al fotógrafo. Cuando a los ocho días volvimos a recoger las fotografías, resultó que uno de los dos salió más favorecido, (puro reflejo de la realidad) y cuando “el menos guapo” se vio reflejado en el papel, allí mismo, delante del fotógrafo, rompió en mil pedazos la fotografía.

- ¡Esta foto está muy mal hecha!

Y el fotógrafo se quedó sin cobrar.



Ya llevamos unas horas de camino, y el autobús entra en una Estación de Servicio. Hay que descansar, estirar un poco las piernas, y hacer un buen desayuno. Lo cierto es que a mí se me han hecho cortas estas

horas. Apenas he tenido tiempo de aposentarme bien en mi asiento. Yo soy de difícil acomodo en lo de sentarme, pues pocos asientos me parecen adecuados a la anatomía de mis posaderas. Puede que lo que está deformado sea mi culo, de ahí mi poca afición a las poltronas, tanto las públicas como las privadas, pues ambas me proporcionarían mal de asiento, y eso es muy fastidioso. Estoy divagando, lo cierto es que yo tengo “poca capacidad para el cargo”, según “rumores”. Por eso mi nombre no aparece en ninguna nómina oficial.

La bocina del autobús me saca de mis cavilaciones. Hay que volver a la carretera. Espero que esta etapa nos lleve al lugar de destino. Esta parada ha venido bien, pues los pies ya se estaban durmiendo por su cuenta, y el ligero paseo por la explanada, y el café bien cargado me ha dejado nuevo. Los rostros de mis compañeros, y supongo que el mío también, reflejan cansancio y ganas de llegar. El monótono rodar por la autopista cansa al no encontrar un paisaje, o algo diferente a lo que acabamos de dejar unos kilómetros más atrás que despierte nuestra curiosidad.

La presencia de grandes carteles de publicidad, y el aumento del tráfico, nos avisan que estamos llegando a una ciudad, y según los indicativos es nuestro destino. El coche abandona la autopista y se adentra por una avenida con jardineras en la mediana. Las flores, de distintos colores, animan la vista y hace pensar que estamos llegando a un destino turístico de primer orden donde todo está muy cuidado para el agrado de los clientes. Nos detenemos a las puertas del hotel, la abundancia de mástiles con banderas internacionales me hace pensar que acudimos a un simposio sobre algún tema interesante.

Ajetreo de viajeros y maletas. Recepción y reparto de llaves. Yo, sin ni siquiera despedirme de mis amigos, me dirijo a mi habitación. Todo allí dentro está pulcro y muy cuidado, pero frío e impersonal. No encuentro nada de lo que en mi casa, por familiar, me relaja a la hora de dormir. Consulto el tarjetón donde se indica el horario de comidas y los eventos de los que puedo disfrutar durante mi estancia en el establecimiento. Creo que vamos a estar muy ocupados yendo de un lado para otro. Así son los viajes colectivos. Abro la maleta y coloco cada cosa en su sitio. Miro el reloj. Tengo tiempo para darme una ducha y vestirme para bajar al comedor. Me detengo ante la cama: ¿Qué tal ayunar? No empecemos. Haz lo que tengas que hacer y baja a comer.

Las mesas en el comedor aparecen llenas, al fin encuentro un sitio libre. Mis compañeros de mesa, como el resto de los ocupantes de las demás mesas, me son desconocidos. En realidad son seres anónimos que están esperando que yo, inventor del viaje, les ponga cara. Lo que cada uno de ellos tiene en el plato, habla de su personalidad. Un plato contiene fruta que su dueño se está comiendo con tenedor, y su cara es alargada en un eterno gesto de mal humor. (Con esa comida no es de extrañar.) Además,

solo bebe agua. Otro de los platos está lleno por dos trozos de carne en salsa que gotea la camisa del comensal que tiene una cara redonda sonriente y bondadosa, y se acompaña de vino No sé si soy justo en este reparto de papeles, pero como no tengo nada mejor que hacer, y mi plato está vacío, me puedo permitir esa licencia.

A los postres, el encargado del viaje, nos dice que la tarde es libre, que cada uno la ocupe en lo que quiera pues el programa oficial comenzará a la mañana siguiente, sin embargo, esta noche, luego de la cena, habrá baile y espectáculo de variedades, a lo que están todos invitados. Hay quien, ante el anuncio, se levanta moviendo el cuerpo al son de una música imaginada. Los más arrastran lo pies como muestra del cansancio acumulado durante el viaje. Yo me uno a estos últimos, y subo a mi habitación para intentar una siesta. A la noche, ya veremos.



HOY ME TOMO EL DÍA LIBRE.

He pasado unas jornadas agotadoras visitando lugares exóticos llenos de gente, sin posibilidad de que la visita haya supuesto un paseo interesante lleno de sorpresas. Al final de la jornada los pies están hinchados, y la cabeza abotargada por la cantinela de los guías. Por eso hoy he decidido tomarme el día libre, toca descanso. Dejo que el autobús marche en busca de nuevos lugares típicos. Estoy libre, no tengo nada que hacer, pero aunque siento la tentación no puedo quedarme todo el día en la cama. Así que me levanto, me visto, y salgo a la calle dispuesto a inventarme cualquier distracción para pasar las horas. ¿Qué haré? Creo que lo mejor es que desayune antes de perderme en una aventura sin agenda.

Callejeo en busca de un lugar apropiado para tomar un buen desayuno. El barrio por el que ahora me pierdo no está muy lejos de mi hotel, no conozco esta ciudad y no quiero alejarme mucho de esa referencia. Las calles son estrechas, cortas y van serpenteando. Las casas

son de piedra y madera, y de vez en cuando tropiezo con un edificio grande, es un palacio, o una iglesia. Al doblar una esquina la calle se ensancha formando una pequeña plaza. Hay varias mesas bajo la protección de unos árboles frondosos que prometen un descanso fresco y agradable. Sobre una puerta un cartel: “Café”. Esto parece perfecto.

Me acerco a las mesas con la intención de sentarme en una de ellas. En una de las mesas hay un señor: corbata azul, zapatos marrones y cara de felicidad. Está dando buena cuenta del contenido de un plato lleno de embutido, pan, y una cerveza para remojarlo. Ahora me gusta más este lugar. Me siento. Hay varias mesas ocupadas por personas endomingadas con corbata, el centro de la ciudad está cerca y deben ser trabajadores de oficina que salen para almorzar. El hombre de la corbata azul y los zapatos marrones, tiene aspecto de jubilado que vive solo y hace aquí sus comidas del día. Su cara de felicidad así me lo hace notar. Yo también me siento feliz.

Acude un camarero en busca de mi orden. Deposita delante de mí la carta. La miro: ¡No entiendo nada! ¿Por qué todo lo ponen en inglés? Seguramente han visto en mí a un turista a quien hay que ayudar ofreciéndole la carta en ese idioma internacional. Como ya tengo decidido lo que voy a pedir, le hago señas de que quiero tomar lo mismo que está tomando el señor de la corbata azul. El camarero sonrío y se retira en busca de mi pedido.

En espera del servicio, paseo la mirada por la replaza. El lugar es bonito, pequeño, acogedor, ideal para los que quieren pasar un rato tranquilo. No hay tráfico rodado, ni hay niños cerca incordiando con su infantil energía. El discreto susurro de las conversaciones pone color al conjunto. Se escucha la música de un acordeón que se acerca, no tardará en reclamar la voluntad, le gente se la dará, marchará a otro lugar donde ofrecer su arte. Solo la risa de unos adolescentes tomando unos refrescos, pueden competir con el acordeón, aunque estos seguramente no pedirán un donativo. Finalmente solo escucho la cantarina voz de una fuentecilla cercana.

Viene el camarero con la bandeja y deposita su contenido sobre mi mesa: un plato lleno de salchichas, un buen trozo de pan artesano, una cerveza muy fría, y dos envases con salsa. A estos ingredientes renuncio, viendo la generosa ración que contiene el plato, pienso que me veré justo para comerme todo aquello; al pan, que tiene buena pinta, no renuncio, y a la cerveza tampoco. Miro a mi alrededor por si alguien está mirando mi plato admirado de mi glotonería. Nadie parece interesado en mi persona. Tomo el pan, corto dos rebanadas y meto entre ellas dos salchichas, las presiono para compactarlas, y comienzo a morder. Está bueno. No parece adecuado decir que está delicioso porque el bocadillo tiene la presencia de algo de más vigor que un calificativo tan delicado. ¡Está muy bueno! Y la

cerveza, fresca y con cuerpo, adecuada para acompañar tan robusto manjar. No me decido si terminar el desayuno con un helado o un café. Al final tomo de las dos cosas. Llamo al camarero para abonar la cuenta, y tras un eructo me dispongo a continuar con mi particular excursión.

Un par de calles, y salgo a una plaza grande ocupada por el mercado de verduras. Un paseo entre tomates y cebollas, no me vendrá mal. Algo he oído sobre este mercado. Es grande, muy grande, abre a las siete de la mañana, y retira los tenderetes a las diez de la noche. Verduras frescas durante todo el día ofrecidas por los mismos agricultores que las cosechan. A la entrada del mercado, acucilladas sobre el bordillo de la acera, un grupo de ancianas ofrecen sus productos. El conjunto que formas ese grupo de mujeres venteando al aire sus manojos de hierbas aromáticas, parecen un cuadro costumbrista de muchos años atrás. Todas vestidas con ropa oscura, un pañuelo cubre sus cabezas dejando asomar unas greñas de pelo blanco, y enmarcando su rostro curtido por la intemperie y los años. Las sarmentosas manos ofrecen su cosecha diaria. Sorteé aquella primera muralla y me introduzco entre los tenderetes.

Al entrar en la plaza me recibe el olor de la fruta recién cogida, el aroma intenso de mil verduras. Los tenderetes están protegidos por toldos. El sol ya está alto y el calor comienza a notarse. La voz de los vendedores forma un guirigay de tonalidades y cadencias, cada uno vende su producto como mejor entiende. Veo cajas con uva, melones de color intenso y “de sabor agrio” según anuncian, pimientos, tomates, patatas, cebollas, manzanas, peras, fresas, nueces, avellanas, almendras, dátiles, higos repletos de miel, lechugas, coles, garbanzos, varias clases de alubias,... en fin todo un completo muestrario de productos para poder hacer de la cocina un lugar de arte. No abandono la plaza antes de haber probado varios de aquellos manjares. Me siento lleno, al borde del vómito. Salgo de la plaza en busca de un lugar donde sentarme a tranquilizar mi estómago ya castigado por las salchichas del opíparo desayuno.

Lo que encuentro es un banco de madera en la acera frente a la entrada del mercado. Está ocupado por un joven que a la vez que yo me acerco se levanta y se aleja cabizbajo. Tomo asiento. Cierro los ojos y respiro hondo para retener un eructo que termina por salir de mi boca como un trueno. He comido demasiado. Una de mis manos, al posarse sobre la



madera del asiento, lo hace sobre un papel. Abro los ojos, miro de qué se trata, es un sobre. Seguramente es una carta olvidada por el joven que se alejó con gesto triste. Esperaré a ver si vuelve en busca de su olvido. Pasa una hora y nadie acude a reclamar el sobre. ¿Qué hacer? ¿Dejarla sobre el asiento? ¿Y si se trata de algo importante y cae en manos desaprensivas? La llevaré conmigo y preguntaré en el hotel qué puedo hacer con la carta abandonada.

Recorro algunas calles de los alrededores del mercado de verduras. Recojo folletos de publicidad que ofertan por la calle, y creo que ya va siendo hora de buscar un sitio para comer. El alojamiento lo tengo en régimen de pensión completa, pero no quiero irme de allí sin dar la orden clásica: “Sírname la especialidad de la casa.” Me sale al paso una plaza llena de terrazas con parasol. Un lugar para turistas. Tomo asiento en una mesa, el lugar está muy concurrido. Frente a mí, y en la acera de enfrente, veo una iglesia de unas proporciones importantes, debe tratarse de una Catedral o algo así. A sus puertas hay cola para entrar. Sin embargo la gente que veo en la cola no me parecen turistas, la mayoría de ellos tienen pinta de ser gente de campo. Luego sabré que es un santuario muy importante. Eso lo tendría que saber yo por la fábrica del edificio.

Me traen la carta. La ojeo. Todo parece atractivo. Me cuesta decidirme por alguno de los platos allí descritos. Tengo la tentación de pedir patatas fritas con algo de carne a la plancha. Pero no sería lógico recorrer tantos kilómetros para comer lo mismo que como en mi casa. Lo que pasa es que no me fío mucho de lo que te pueden servir en un lugar sin clientela habitual. Allí está uno de paso y no vas a volver para hacer una reclamación. Bueno, basta, tengo que decidirme. Veo un cartelón que ofrece “el plato del día”. Aquello no es normal en un lugar para turistas.

.- ¡Camarero! Sírname la especialidad de la casa. El vino del terreno. Ya está.

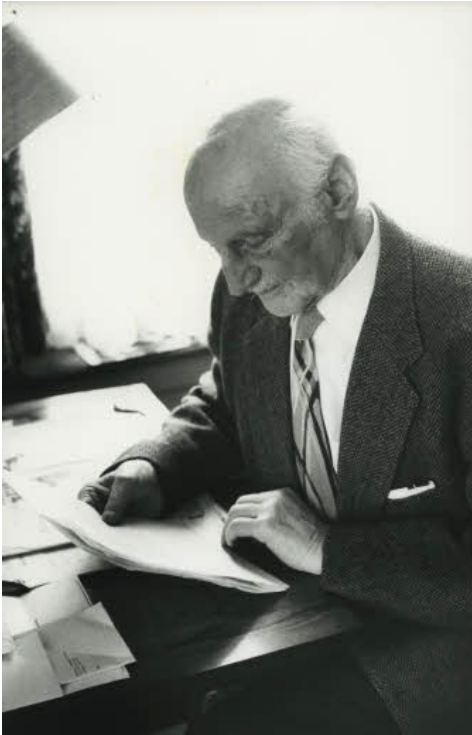
Marcho al hotel. La comida abundante me está dando modorra, o tal vez sea el vino bronco y áspero. Las piernas me pesan y eso hay que arreglarlo. Ya en la habitación, me desvisto, y me tumbo en la cama. Cuando despierto por la ventana ya entra la oscuridad del atardecer. Buena siesta. Una ducha y estaré en condiciones de hacer una aventura nocturna. Mis compañeros de excursión no han regresado todavía, mejor, así saldré con libertad sin tener que dar excusas banales sobre mi ausencia ese día. Sentado en la cama, dispuesto a vestirme, cuando reparo en los folletos. Será bueno echarles una hojeada. Tal vez lleven alguna oferta interesante. Algo cae al suelo, al recogerlo veo que es la carta olvidada en el banco frente al mercado de verduras.

Cuando baje la dejaré en Conserjería. ¿Y si solo se trata de un sobre con publicidad? Haré el ridículo dándole categoría de carta importante.

¿Qué hacer pues? La dejo sobre la mesita. La miro. La vuelvo a coger. Rasgo la solapa. La vuelvo a dejar en la mesilla con la sensación de estar haciendo algo mal. Creo que esto me va a estropear el día. Tengo que decidirme. Tomo el sobre, lo abro, y saco las dos hojas que hay en su interior. No es publicidad. Es una carta escrita a mano. Una misiva muy personal. ¿Debo leerla, o tirarla a la papelera? Me paseo por la habitación con las hojas de papel en la mano. Miro al exterior, es ya noche cerrada y parece que amenaza lluvia. Se ha estropeado la excursión. Vuelvo a sentarme en la cama.

Tengo que leer esta carta. Me coloco las gafas, Despliego las hojas. La carta dice así:

.- A quien lo lea:



Amigo anónimo, sé que te extrañarás al encontrar

esta carta en cualquier sitio y ser el destinatario de ella, pero es que yo, al iniciar mi viaje, he perdido contacto con cualquiera a quién pudiera escribir. Por eso el destinatario de la presente es el infinito, pues en ella expreso unas impresiones, unos sentimientos, que no podría hacerlo a alguien conocido, pues soy cobarde, y me escondo en este anonimato. Por ello, al leerla, debes sentirte su único destinatario. Tienes que sentir que es un amigo íntimo quien te hace esta confesión. El remite es de un lugar lejano, un lugar del que tú seguramente no has oído hablar. Te extrañará mucho, aunque tal vez solo tú, a lo largo de esta carta, sepas el lugar desde donde te escribo. Si es así, espero

que sepas guardarme el secreto.

Mi marcha en busca de mejor fortuna, como sabes, no fue producto de un momento irreflexivo, aunque en la forma pareciera una huida precipitada. Fue producto de una meditada reflexión, pronto me di cuenta de que fue equivocada, y con ello causé un gran dolor a las personas que me quieren. Quiero decirte que ahora me arrepiento de ello, pero cuando uno cree, equivocadamente o no, que el camino por el que transcurre su vida no tiene más allá, debe dejarlo y tomar otro por el que poder avanzar. Este parece un pensamiento válido. Entonces, ¿dónde estuvo mi error? Porque sí quiero confesarte que mi viaje a “La Tierra Prometida” resultó un completo fracaso. Nada he hecho bien, y nada ha salido bien, y parece que nada puedo hacer por enmendar esto. Tal vez es que no existe tierra

prometida para quienes como yo, han nacido con la aguja de su brújula torcida. Un sin norte. O es que las cosas son así.

El hecho de escribir esta carta, da muestra de mi cobardía, pues de no ser así, el camino que ha andado esta carta hasta llegar a tus manos, es el que debí hacer yo para regresar a mi tierra. El reconocer el propio fracaso es duro, y a veces te obliga a negarlo. El regresar fracasado, y sin la esperanza que tenías al partir, sería doloroso, pero sería lo correcto, lo que hago yo no es más que cobardía, el esconderse tras un papel y no dar la cara, es de cobardes.

Si pudiera regresar envuelto en el anonimato, si el ojo ajeno no pudiera reconocerme hasta que pudiera encontrar una nueva esperanza, daría fin a mi deambular de fantasma, pero mi cobardía, o mi orgullo al negar mi fracaso, me impide contemplar esa alternativa. Seguiré habitando en mi error y echaré la culpa al destino adverso. Me esconderé tras esa falacia. Me identificaré con mi fracaso y haré de él mi propia naturaleza. O tal vez no.

Al confesarme en esta carta, he encontrado un alivio pasajero. Tal vez las cosas no tuvieron que ser así. Tal vez yo pude hacer algo para cambiar las cosas. Tal vez mi cobardía sea tal solo un estado de ánimo. Tal vez pronto haga propósito de ahorrar para mi billete de vuelta. Tal vez ahora sea mi espíritu positivo.

¿Cómo cambia el ánimo verdad?

Tal vez a nadie le importe esta confesión, que a ti tampoco te importe y te incomode mi atrevimiento, pero así de cobarde es mi desdicha. ¡Perdón!

Después de leer la carta, salgo al balcón en busca de aire fresco. La lectura no me ha incomodado, pero me deja algo turbado por la confesión. Ante mi vista tengo un pequeño parque envuelto en la oscuridad de la noche, las pocas farolas apenas iluminan entre los árboles que medio ocultan unos bancos donde unos jóvenes entretienen su tiempo. Gesticulan. No puedo oír de qué hablan, pero quiero pensar que lo hacen sobre el futuro que les aguardan. Son malos tiempos para este bonito país. Paro y escasas oportunidades que haga atractivo permanecer aquí. ¡Lástima!

¿Y si la carta abandonada en el banco de madera, la hubiera escrito un joven como aquellos que un día decidió que lo mejor era coger el camino de la emigración? Pudiera ser. ¿Qué le podía decir a ese grupo de imaginarios amigos que discuten en la penumbra del parque sobre su futuro? No sé si mis consejos pudieran servirles de algo. ¿Qué podría decirles? Tal vez escribir una carta diciendo:

.- ¡No os podéis equivocar! El arreglo de esta realidad negativa, en parte, depende de vosotros, y de muchos otros. No confundáis la salida a la

emigración, como una puerta a la libertad, y salgáis corriendo hacia esa “Tierra Prometida”, buscando egoístamente un futuro propio y único, huyendo de tu lugar natural como parte de un colectivo que nunca tendríais que haber dejado. Error y posterior cobardía. El camino de la emigración no es fácil, y siempre acarrea dolor situándote en la fase del desarraigo sin posibilidad de evolucionar hacia otros territorios más abrigados, estarás en un descampado afectivo que puede llegar a ser cruel. Tú no serás tú, ni el lugar que ocupas, es tu lugar.

Pero tú, sí tú, anónimo amigo, remitente de la carta abandonada, aún estás a tiempo de enmendar esa equivocación, tienes que abandonar esa dispersión que has padecido, y que sufre esta tierra, tu país. Recuerda que la unión hace la fuerza. El abandono masivo de toda una generación de jóvenes supone una catástrofe para cualquier sociedad. Hay que aguantar la borrasca de malos momentos y arrimar el hombro en una obra común. El deseo de huir hacia lugares “mejores”, es comprensible cuando no ves otra salida, parece fácil, pero no lo es. Pronto llegas a sentir que tu estancia en aquella tierra, donde tu encaje resulta complicado, es solo pasajera, y van pasando los días y te ves absorbido en la monotonía de una vida automática sin implicación sentimental, y se va difuminando ese horizonte de esperanza en un regreso. Tú, esto, lo estás viviendo, y de ahí la desesperanza. Yo, de poder, te diría que no te marches, (que vuelvan todos) que seáis una hebra más en el tejer de una sociedad mejor, aquí, en tu país, en tu casa.

Pero todo esto es una perorata inútil porque tú no me puedes oír. Lástima. Pero, ¿y si me atreviera a bajar al parque y hablar con esos jóvenes? No. No creo que deba meterme en la intimidad de sus vidas y de sus proyectos. Deben decidir ellos, tanto para el acierto como en el error. Cierro la puerta del balcón, echo una última mirada al parque, el grupo de jóvenes ha desaparecido. Me meto en la cama, mañana tocarán diana muy temprano para salir rumbo a una excursión “muy interesante”, y mañana no podré excusarme. Mañana toca playa.



Emilio MARÍN TORTOSA

Continuará